

# Acabar con la universidad es descerebrar la nación

**FERNANDO SANCHEZ TORRES\***

---

*Señor Exministro de Educación Nacional y actual Ministro de Salud, Doctor Jaime Arias Ramírez.*

*Señor Exministro de Educación y actual ministro de Trabajo Doctor Guillermo Alberto González.*

*Doctora Cecilia Reyes de León, Secretaria General del Ministerio de Educación Nacional.*

*Doctor Humberto Serna Gómez Director del ICFES.*

*Doctor Rafael Santos Calderón, Decano de la Facultad de Periodismo de la Universidad Central.*

*Doctor Eduardo Arévalo Burgos Presidente de la Asociación Médica Sindical "Asmedas".*

*Doctor Luis H. Arraut Esquivel, expresidente de "Ascún" y Rector de la Universidad de Cartagena.*

*Padre Jorge Hoyos S.J. Rector de la Universidad Javeriana.*

*Doctor Augusto Franco Arbeláez Rector de la Universidad Pedagógica. Demás colegas Rectores, amigos y amigas.*

*Doctor Jorge Enrique Molina, nuevo Presidente de la Asociación Colombiana de Universidades y Rector de la Universidad Central de Bogotá.*

---

\* Médico. Rector de la Universidad Nacional. Profesor universitario. Expresidente de la Academia Colombiana de Medicina.

He aceptado con gusto llevar, la palabra en este acto, que tiene mucho de académico, por tratarse de un homenaje que se le rinde a un destacado educador de juventudes universitarias, exaltado con suficientes merecimientos por los Rectores del país a la presidencia de la Asociación Colombiana de Universidades. Pero tras ese ostensible motivo hay otro para mí más obligante, por pertenecer al terreno afectivo y personal. Con Jorge Enrique Molina Mariño, centro de esta reunión, me liga una vieja amistad bien cimentada nacida al calor de comunes ideales, desempeñándose él como Juez y yo como médico, en cumplimiento del año rural obligatorio. Nos correspondió vivir muy de cerca la gran tragedia de la violencia política que entonces azotaba a Colombia, situados en la región del Sumapaz declarada a poco de iniciado nuestro compromiso, zona de orden público, es decir, de guerra. Allí fuimos testigos de cosas tremendas que hirieron nuestra sensibilidad juvenil, nuestro sentimiento patriótico, nuestra conciencia profesional, por eso no las olvidaremos nunca. Muchas veces nos sorprendió el alba pensando en voz alta o mejor en voz queda, pues era peligroso que fuéramos oídos. Pensábamos siempre en los humildes campesinos compatriotas hombres, mujeres y niños muertos, sin saber ellos porqué y en los soldados compatriotas abatidos sin tampoco haber entendido ellos bien, el porqué peleaban. Pensábamos en los campos abandonados cuyas tierras ubérrimas se quedaban sin manos que las cultivaran. Pensábamos en los gobernantes, en los políticos, en las fuerzas armadas, en los estudiantes. Pensábamos en lo absurdo de la violencia y en la suerte de Colombia. En fin, pensábamos porqué éramos hombres de Universidad. Tal vez todo aquello tan profunda y dolorosamente vivido, fue lo que nos condujo a ser lo que él y yo somos ahora. Educadores Universitarios. La Universidad, universo en el que estamos inmersos y con el que nos sentimos comprometidos, además de ser la

negación de toda violencia es la gran esperanza de la nación. Entendida como un lugar esencialmente reflexivo y creador, donde riñe con su espíritu la fuerza y la barbarie. Utilizada adecuadamente se constituye en el mejor instrumento para el desarrollo cultural, científico, económico, social y político del país. Es solo a través de ella que debe propiciarse el cambio que Colombia necesita y que todos anhelamos. Dado que es aquí donde se forjan los ciudadanos que más garantía brindan para el ser.

Aceptado lo anterior, puede pensarse desprevencidamente que la Universidad debe abrir sus puertas con el propósito de masificarse. Quizás comulguen con esto los profesionalistas, es decir, los que creen que para alcanzar el cambio se requiere anegar el país de profesionales. Se equivocan, estimo yo que no se trata de un asunto cuantitativo sino cualitativo. El progreso y el desarrollo no pueden medirse con el número anual de egresados de los centros de educación superior universitaria, si no se tiene en cuenta el papel que ellos desempeñan en el escenario nacional. La proliferación entre nosotros de Universidades y de seudouniversidades ha llevado en la mayoría de las carreras a crear profesionales sin oficio y lo más alarmante, dudosamente preparados. El ofrecer oportunidades de acceso a las Universidades haciendo abstracción de lo que va a ocurrir más allá de la puerta de salida, se constituye en un acto francamente irresponsable.

Colombia en 1982 contaba con 206 instituciones de educación postsecundaria, correspondiendo el 70 por ciento al sector privado, en tanto que el 55 por ciento poseía el carácter académico universitario. Dudo que en los países desarrollados y aun opulentos, fuera a existir un número tal en relación con su población. Por eso es que ahora nos damos el lujo de disponer de una legión de profesionales desempleados que vienen a constituirse en un ejército de inte-

lectuales corroídos por la frustración, en un país que apenas está saliendo del subdesarrollo. Si analizamos en términos económicos el fenómeno, cabe preguntarnos si esa inversión que hacen el Estado y el sector privado para formar profesionales va a rendir utilidades a estos jóvenes o beneficios netos, para la patria. Yo considero que mientras el país no tenga la infraestructura necesaria para aprovechar a plenitud el recurso humano calificado, que se forma a grandes costos se está haciendo una inversión inútil y hasta peligrosa. Aquí si que tiene plena cabida la intervención del Estado, en cumplimiento del mandato constitucional de ejercer vigilancia sobre el sector educativo.

El recurso profesional en su aspecto cuantitativo, debe ajustarse a los requerimientos nacionales, es decir, marchar armónicamente con la demanda que imponga el desarrollo. Reconocemos que las Universidades con las cuales estamos comprometidos deben ser las encargadas de formar los líderes y los profesionales que habrán de encarar el desafío que significa sobrevivir en lo que resta de este siglo XX y los inicios del XXI, tendrán que ajustarse a los programas que ofrecen y a los que se intuye que el país va a requerir para no sucumbir. Se necesitan es cierto, tecnólogos, muchos tecnólogos, pero con fundamentalmente individuos cerebrales creadores de formación científica que siembren ideas y hechos nuevos para nuestro medio y ojalá para el mundo entero.

Las Universidades para cumplir verdaderamente su misión no pueden ser sólo fábricas de profesionales, sino también laboratorios de investigación. La formación profesional sin componentes científicos, no pasa de ser un reguero de formación universitaria. Tengamos presente que mientras Colombia no se desarrolle científica y tecnológicamente no alcanzará su verdadera independencia

y tendrá que resignarse con marchar a la zaga de los demás países, a remolque de ellos. Se hace indispensable entonces que se exija a las Universidades implementar lo requerido para que haya en ellas investigación. Un factor de seguro el de más alcance para ese propósito, es la presencia de profesores capaces, es decir investigadores con la suficiente disponibilidad de tiempo para entregarse de lleno a la disciplina de fluida absorberencia.

Requerimos postgrados o programas de formación avanzada, en especial a nivel de maestría y doctorado, que otorga afinidad a las universidades y obliga a los estudiantes a adelantar investigaciones, pues esta constituye su fundamento académico. La mayoría de nuestras Universidades, si no todas han nacido alimentadas por programas encaminados a la formación de profesionales que vayan a dedicarse a actividades llamadas liberales, por eso en estas áreas del conocimiento y del quehacer profesional, se observan los mayores índices de subempleo y desempleo. Siendo así no se justifica la pretensión de querer abrir nuevas universidades para ofrecer lo mismo. Lo que hay que procurar es la creación de programas nuevos, que respondan a las necesidades sociales de la época. La ciencia de la informática, la bioingeniería, el estudio de recursos energéticos, el aprovechamiento y conservación de más recursos naturales, son entre otros los programas que deben introducirse en las posibilidades de oferta de nuestros centros de Educación Superior.

Decía atrás que la Universidad es la gran esperanza de Colombia. Y lo es, en primer término porque se espera que ella modele los líderes que pongan en marcha y conduzcan el cambio nacional. Se entiende que se trata de una mutación inteligente de costumbres y de status, que releguen los vicios y pecados causantes de los fenómenos y prolongados males por cuya culpa cada día

vamos siendo empujados con más fuerza hacia el abismo. La inmoralidad, la concupiscencia, la falta de solidaridad, la indiferencia en el equilibrio social, en fin el desafecto a la patria son razones suficientes para impetrar que haya un cambio en el país. Quienes amamos la democracia representativa y todavía creemos en ella demandamos que se haga a través de sus cauces pacíficos con conductores de extracción universitaria. Por eso la Universidad no puede abstraerse de la necesidad que los ciudadanos que forme, estén imbuidos de su verdadera misión, que no es propiamente la de alcanzar provecho y prestigio personal, sino antes que nada, la de ponerse al servicio de la comunidad, en procura de un país más próspero y más pulcro. Este, que debe ser un compromiso solemne de carácter general, habrá de tener mucho más sentido y vigencia en las Universidades públicas, por ser ellas donde se educan con dineros del erario los compatriotas que ocupan la base de la pirámide social. Conmueve por eso ver cómo hay insensatos que conspiran abiertamente contra la Universidad pública, invocando principios reivindicatorios para las clases populares. La inmolación de que ha venido siendo objeto la Institución, en

particular la Universidad Nacional debe considerarse como un crimen de Lesa Patria. Utilizarla a la manera de un arma arrojada e incendiaria, en aras de principios ideológicos, es una franca contradicción política. Aspirar a mejorar las condiciones de un país destruyendo su universidad, es querer que el coche avance colocándolo por delante de los caballos. Por eso se ha sostenido que acabar con la Universidad es descerebrar la nación. Es restarle toda posibilidad a un proceso inteligente de cambio.

Ruego a Uds. me perdonen. Por estar pensando en la Universidad me he olvidado del homenajeado. Afortunadamente Jorge Enrique Molina, comprende bien esa obsesiva pasión que nos lleva con frecuencia, a alejarnos de muchas cosas importantes, incluyendo nuestros caros afectos. De todas maneras, hablar de Universidad es hablar de Jorge Enrique Molina y ya lo he hecho. Quizá sólo me resta expresarle la inmensa complacencia que sienten sus amigos, sus colegas, sus discípulos por haberse entregado la grave responsabilidad de contribuir a orientar la educación Superior, desde la presidencia de la Asociación Colombiana de Universidades. Muchas gracias.